

Domingo IV Tiempo Ordinario  
(Ciclo B) - 2015

- [Textos Litúrgicos](#)
- [Lecturas de la Santa Misa](#)
- [Guión para la Santa Misa](#)
  
- [Exégesis](#)
- [R. Schnackenburg](#)
  
- [Comentario Teológico](#)
- [P. José A. Marcone, I.V.E.](#)
  
- [Santos Padres](#)
- [San Ambrosio](#)
  
- [Aplicación](#)
- [P. Alfredo Sáenz, S.J.](#)
- [Benedicto XVI](#)
- [San Jaun Pablo II](#)
  
- [Ejemplo Predicable](#)

---

## Textos Litúrgicos

---

Lecturas de la Santa Misa

**Domingo IV Tiempo Ordinario (B)**  
(Domingo 1 de febrero de 2015)

**LECTURAS**

**Lectura del libro del Deuteronomio**

18, 15-20

Moisés dijo al pueblo:

El Señor, tu Dios, te suscitará un profeta como yo; lo hará surgir de entre ustedes, de entre tus hermanos, y es a El a quien escucharán. Esto es precisamente lo que pediste al Señor, tu Dios, en el Horeb, el día de la asamblea, cuando dijiste: «No quiero seguir escuchando la voz del Señor, mi Dios, ni miraré más este gran fuego, porque de lo contrario moriré».

Entonces el Señor me dijo: «Lo que acaban de decir está muy bien. Por eso, suscitaré entre sus hermanos un profeta semejante a ti, pondré mis palabras en su boca, y él dirá todo lo que Yo le ordene. Al que no escuche mis palabras, las que este profeta pronuncie en mi Nombre, Yo mismo le pediré cuenta. Y si un profeta se atreve a pronunciar en mi Nombre una palabra que Yo no le he ordenado decir, o si habla en nombre de otros dioses, ese profeta morirá».

**Palabra de Dios.**

SALMO RESPONSORIAL

94, 1-2.6-9

*R. Ojalá hoy escuchen la voz del Señor*

¡Vengan, cantemos con júbilo al Señor,

aclamemos a la Roca que nos salva!

¡Lleguemos hasta Él dándole gracias,

aclamemos con música al Señor! R.

¡Entren, inclinémonos para adorarlo!

¡Doblemos la rodilla ante el Señor que nos creó!

Porque Él es nuestro Dios,

y nosotros, el pueblo que Él apacienta,

las ovejas conducidas por su mano. R.

Ojalá hoy escuchen la voz del Señor:

«No endurezcan su corazón como en Meribá,

como en el día de Masá, en el desierto,

cuando sus padres me tentaron y provocaron,

aunque habían visto mis obras». R.

*La virgen se preocupa de las cosas del Señor;*

*tratando de ser santa*

## Lectura de la primera carta del Apóstol san Pablo

a los cristianos de Corinto

7, 32-35

Hermanos:

Yo quiero que ustedes vivan sin inquietudes.

El que no tiene mujer se preocupa de las cosas del Señor, buscando cómo agradar al Señor. En cambio, el que tiene mujer se preocupa de las cosas de este mundo, buscando cómo agradar a su mujer, y así su corazón está dividido.

También la mujer soltera, lo mismo que la virgen, se preocupa de las cosas del Señor, tratando de ser santa en el cuerpo y en el espíritu.

La mujer casada, en cambio, se preocupa de las cosas de este mundo, buscando cómo agradar a su marido.

Les he dicho estas cosas para el bien de ustedes, no para ponerles un obstáculo, sino para que ustedes hagan lo que es más conveniente y se entreguen totalmente al Señor.

### Palabra de Dios.

ALELUIA

M t 4, 16

Aleluia.

El pueblo que se hallaba en tinieblas vio una gran luz;  
sobre los que vivían en las oscuras regiones de la muerte,  
se levantó una luz.

Aleluia.

### EVANGELIO

*Les enseñaba como quien tiene autoridad*

### Evangelio de nuestro Señor Jesucristo

según san Marcos

1, 21-28

Jesús entró en Cafarnaúm, y cuando llegó el sábado, fue a la sinagoga y comenzó a enseñar. Todos estaban asombrados de su enseñanza, porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas. Y había en la sinagoga de ellos un hombre poseído de un espíritu impuro, que comenzó a gritar: «¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido para acabar con nosotros? Ya sé quién eres: el Santo de Dios». Pero Jesús lo increpó, diciendo: «Cállate y sal de este hombre». El espíritu impuro lo sacudió violentamente, y dando un alarido, salió de ese hombre.

Todos quedaron asombrados y se preguntaban unos a otros: « ¿Qué es esto? ¡Enseña de una manera nueva, llena de autoridad; da órdenes a los espíritus impuros, y éstos le obedecen!» Y su fama se extendió rápidamente por todas partes, en toda la región de Galilea.

**Palabra del Señor.**

[Volver Arriba](#)

---

## Guión para la Santa Misa

---

IV Domingo 2015

ENTRADA:

La Eucaristía es acto de Acción de gracias por excelencia. Unamos nuestros gozos y alegrías diarios al sacrificio del Hijo que se ofrece como Víctima agradable al Padre, por nosotros.

LITURGIA DE LA PALABRA

1-LECTURA:

Deut. 18,15-20

Dios mismo suscitará un gran profeta de entre el pueblo.

2-LECTURA:

I Cor.7,32-35

La entrega al Señor debe ser total en cualquier estado de vida, especialmente los consagrados.

EVANGELIO:

Mc. 1,21-28

El Señor enseña con majestad y señorío e impresiona a las multitudes.

PRECES

**Elevemos nuestra oración a Dios Padre que concede sus dones a quienes con fe lo invocan.**

A cada intención respondemos cantando...

+Por la Santa Iglesia, para que bajo el impulso evangelizador del Espíritu Santo anuncie y viva según las bienaventuranzas. Oremos.

+Por las familias cristianas, para que vivan unidas por un sincero amor y abiertas a las necesidades espirituales y materiales de los demás. Oremos.

+Por nuestra patria, para que todo el pueblo sepa discernir lo bueno y tenga el valor y la constancia de llevarlo a la práctica. Oremos.

+Por los que participamos de esta Santa Misa para que dóciles a la gracia, seamos con nuestra vida un fiel testimonio del Evangelio. Oremos.

**Padre, escucha con bondad nuestras súplicas y concédenos lo que te pedimos en tu infinita misericordia. Por Jesucristo nuestro Señor.**

LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

OFERTORIO: junto con nuestra entrega al Señor llevamos al altar...

Cirios, simbolizando con ellos a Cristo, Luz que alumbra a todo hombre.

Pan y vino, para el sublime Sacrificio del altar.

COMUNIÓN:

Jesús Sacramentado desea darse y darnos abundantes gracias para hacernos partícipes de su vida divina. Acerquémonos a recibirlo con devoción.

SALIDA:

Que María SSma. nos enseñe a penetrar en los misterios del Señor con profundidad y vivirlos con radicalidad.

*(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) \_ San Rafael \_ Argentina)*

[Volver Arriba](#)

---

## Exégesis

---

R. Schnackenburg

### Un sábado en la sinagoga de CAFARNAÚN

(Mc/01/21-28).

*21 Llegan a CAFARNAÚN; y en seguida, apenas entraba en la sinagoga los sábados, se ponía a enseñar. Y se quedaban atónitos de su manera de enseñar, porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas. 23 En seguida había en aquella sinagoga un hombre poseído de un espíritu impuro que comenzó a gritar: 24 «¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Yo sé bien quién eres: ¡el Santo de Dios!» 25 Pero Jesús le increpó: «Enmudece y sal de este hombre.» 26 Entonces el espíritu impuro, agitándolo con violentas convulsiones y dando un gran alarido, salió de él. 27 Quedaron todos asombrados, tanto que se preguntaban unos a otros: «¿Qué es esto? ¿Qué manera tan nueva de enseñar: con autoridad! Incluso manda a los espíritus impuros y ellos le obedecen.» 28 Y por todas partes se extendió en seguida su fama a todos los confines de Galilea.*

La sección de CAFARNAÚN (1,21-39) es una vieja unidad tradicional que Marcos se encontró formada y que

contiene desde luego unos datos históricos; pero que al mismo tiempo patentiza el propósito anunciador de la Iglesia primitiva. El lugar, del que hoy apenas restan unas ruinas (Tell Hum), quedaba en la ribera noroccidental del lago, 6 kilómetros al oeste de la desembocadura del Jordán. Era por entonces un lugar fronterizo de la región gobernada por Herodes Antipas, en la vía principal de Ptolemaida a Damasco, con un puesto aduanero y una guarnición militar. En los primeros tiempos Jesús desarrolló aquí una gran actividad viviendo en la casa de Simón y de Andrés (1,29), que vuelve a citarse más tarde (9,33; cf. 3,20; 7,17). Esto corrige un poco la imagen que nos hemos formado de la vida itinerante e inquieta de Jesús; CAFARNAÚN fue una especie de cuartel general al que volvía con frecuencia. Nuestra sección muestra, no obstante, cómo Jesús partió de aquel punto para anunciar el mensaje de salvación en los lugares circundantes (1,38). El propósito primordial de esta exposición tiende a caracterizar la actividad de Jesús, que pronto llamó la atención en todas partes atrayéndose a mucha gente. Con este ministerio se esclarece la imagen misma de Jesús, que anunciaba el reino de Dios, enseñaba con autoridad y ponía de manifiesto las fuerzas salvadoras de Dios con las expulsiones de demonios y las curaciones. La actividad salvadora de Jesús es el comienzo de una nueva era, la confirmación de su mensaje (1,15); pero es también una manifestación de sí mismo en las obras y así lo comprendió la Iglesia antigua con mirada retrospectiva. Jesús entra con los discípulos en CAFARNAÚN, «y en seguida» enseña los sábados en la sinagoga. Sin tardanza y consciente de su propósito, pone Jesús manos a la obra, como lo indica Marcos con su peculiar «y en seguida» (1,21.23.28.29, etc.). El evangelista habla a menudo de la enseñanza de Jesús, tarea en la que también intervienen los discípulos (Mc 6:30, sólo en Marcos), indicio de que la comunidad cristiana se sabía comprometida en el empeño. Mas todavía no sabemos nada del contenido de la doctrina, de la que Mateo y Lucas nos ofrecen un espléndido ejemplo en el sermón de la montaña. Marcos desarrolla la doctrina de Jesús más tarde en la predicación en parábolas (Mc 4:15); pero aun entonces le interesa más el resultado, la fuerza que provoca la separación entre los oyentes. Lo que Jesús enseñaba entonces a su auditorio judío, probablemente una exposición de la ley, una nueva concepción de la voluntad divina, se mantiene hasta tal punto que caracteriza incluso la vida cristiana; pero esto también podrá verse más tarde (cf. 7,17-23; 10,145; 12,13-37). Para la aparición terrena de Jesús basta de momento la afirmación de que enseñaba con autoridad y no como los doctores de la ley. Estos se atenían a su tradición doctrinal, a la «tradición de los antepasados» (7,3), y no pocas veces abandonaban la voluntad de Dios por seguir las opiniones e interpretaciones humanas, como les reprochó Jesús (cf. 7,6-13). Jesús enseña con autoridad absoluta, presenta su propia exposición de la Escritura (10, 5-9), demostrándose con ello tan plenipotenciario de Dios como con las expulsiones de los demonios. Pues ambas cosas las hizo Jesús en la sinagoga de CAFARNAÚN; la doctrina en autoridad y la expulsión de un espíritu inmundo constituyen para Marcos una unidad, una prueba del poder de Jesús, ante el que «se quedaban atónitos los hombres» (v. 22) y experimentan un terror religioso (v. 27). Barruntan lo nuevo que aquí se está realizando. La poderosa palabra doctrinal y la poderosa palabra exorcista constituyen por igual un signo de la soberanía de Dios que se abre camino. Así se debe entender también el «en seguida» que introduce la expulsión de un espíritu inmundo, narrada según el modo de pensar de la época, como prueba del poder otorgado a Jesús. Un pobre hombre atormentado queda libre de un terrible padecimiento, que se atribuye a un «espíritu impuro». En algunos textos se establece una distinción entre enfermos y posesos (1,32; 3,10s; 6,13); en este segundo grupo se trata al menos de unas manifestaciones patológicas especialmente graves. Para el evangelista detrás de los espíritus impuros se esconde el poder del maligno, de Satán, contrario a Dios (cf. 3,22 ss). El antagonista de Dios y de Jesús (1,13) pone en juego todas sus fuerzas para impedir la acción salvadora de Jesús y la irrupción del reino de Dios. Pero Jesús se sabe más fuerte que él (3,27) y reprime el poder de Satán. Ya la primera expulsión demoníaca, descrita detalladamente, pone de manifiesto el triunfo de Dios, la superioridad de Jesús. El diálogo entre Jesús y el espíritu inmundo -que también aboga en favor de sus semejantes- revela la lucha entre ambos contendientes. El demonio presiente al poderoso que quiere arrebatarse su «mansión», arrancarle su víctima humana, y se resiste a las palabras de conjuro. Los grandes alaridos y las preguntas insolentes pretenden rechazar el ataque del exorcista: «¿Qué tenemos que ver contigo? ... ¿Has venido a acabar con nosotros?» La pronunciación del nombre -«Jesús Nazareno»-, la protesta solemne de «sé bien quién eres», el venerable título de «el Santo de Dios», no son profesiones de fe respetuosas ni súplicas disimuladas, sino magia nominal, intentos por adueñarse del poder del conjurador mediante su reconocimiento y la pronunciación a gritos de su nombre y título. En los antiguos relatos de expulsiones demoníacas -incluso judíos- el exorcista pasa al ataque e intenta con fórmulas de conjuro y medios mágicos enseñorearse del demonio y obligarle a abandonar al poseso. Sobre el fondo de tales concepciones los espectadores de entonces comprenden sin duda lo que hay de nuevo y peculiar en la acción de Jesús. Jesús renuncia a las palabras de encantamiento y a los medios mágicos y no presenta al espíritu inmundo más que una palabra de orden: «Enmudece y sal de este hombre.» Manda simplemente y los espíritus tienen que obedecerle (cf. v. 27). Esta palabra eficaz es un signo de la intervención de Dios. Aun cuando desde nuestra visión científica del mundo siempre se puede juzgar la expulsión de los demonios como una acomodación de Jesús a la inteligencia de sus oyentes, no deja de ser una proclama del poder otorgado a Jesús, un anuncio de las fuerzas salvíficas de Dios que están en marcha. Jesús, que realiza esto, se convierte para los hombres en este

interrogante: ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que pasa aquí? Pero los lectores creyentes saben que, aunque a regañadientes y con mal fin, el espíritu inmundo dice la verdad: Jesús es «el Santo de Dios», expresión que señala la proximidad a Dios. No se trata de un título mesiánico conocido, sino de un nombre de dignidad que en boca del demonio tiene un sentido inconfundible. Con frecuencia se llama «santos» a los ángeles que están al servicio de Dios; también el sumo sacerdote Aarón, viene designado como «el santo del Señor» ([Sal 106:16](#)). La «santidad», tal como la entiende el Antiguo Testamento, lleva a una singular proximidad de Dios. Jesús, pues, como «el Santo de Dios» llega de parte de Dios y lleva en sí un ser y una fuerza divinos. La comunidad comprende el título honorífico como expresión de la mesianidad peculiar de Jesús, que no se deja abarcar en ninguno de los títulos habituales (cf. [Jua 6:69](#)). En Jesús late un misterio, el estremecimiento de lo que es distinto, el presentimiento de una peculiar cercanía a Dios.

(SCHNACKENBURG, R., *El Evangelio según San Marcos*, en *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, Editorial Herder, Madrid, 1969)

[Volver Arriba](#)

---

## Comentario Teológico

---

P. José A. Marcone, I.V.E.

### El Tentador

Con la narración de las tentaciones de Jesús, el evangelio introduce la presencia de un personaje clave dentro del drama de la vida de Cristo: el Tentador, el diablo. Muchas veces se ha querido ocultar la presencia inquietante de este ser personal que se opone por odio a la obra y a la persona de Jesús. Por eso, muchas veces se lo ha querido presentar como una simple representación teatral del mal abstracto del mundo. Es un dogma de nuestra fe que el diablo es un ser personal y que actúa como persona.

Dentro de una biografía de Jesús no se puede dejar de lado su figura. Siendo el antagonista por excelencia de Jesús, no se puede escribir una vida de Cristo sin presentar su identidad. Es lo que trataremos de hacer ahora.

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica: "Detrás de la elección desobediente de nuestros primeros padres se halla una voz seductora, opuesta a Dios (cf. Gn 3,1-5) que, por envidia, los hace caer en la muerte (cf. Sb 2,24). La Escritura y la Tradición de la Iglesia ven en este ser un ángel caído, llamado Satán o diablo (cf. Jn 8,44; Ap 12,9). La Iglesia enseña que primero fue un ángel bueno, creado por Dios. (...) "El diablo y los otros demonios fueron creados por Dios con una naturaleza buena, pero ellos se hicieron a sí mismos malos" (...).

"La Escritura habla de un pecado de estos ángeles (2 P 2,4). Esta "caída" consiste en la elección libre de estos espíritus creados que rechazaron radical e irrevocablemente a Dios y su Reino. Encontramos un reflejo de esta rebelión en las palabras del tentador a nuestros primeros padres: "Seréis como dioses" (Gn 3,5). El diablo es "pecador desde el principio" (1 Jn 3,8), "padre de la mentira" (Jn 8,44).

"Es el carácter irrevocable de su elección, y no un defecto de la infinita misericordia divina lo que hace que el pecado de los ángeles no pueda ser perdonado. "No hay arrepentimiento para ellos después de la caída, como no hay arrepentimiento para los hombres después de la muerte" (S. Juan Damasceno, f.o. 2,4: PG 94, 877C).

"La Escritura atestigua la influencia nefasta de aquel a quien Jesús llama "homicida desde el principio" (Jn 8,44) y que incluso intentó apartarlo de la misión recibida del Padre (cf. Mt 4,1-11). "El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo" (1 Jn 3,8). La más grave en consecuencias de estas obras ha sido la seducción mentirosa que ha inducido al hombre a desobedecer a Dios.

"Sin embargo, el poder de Satán no es infinito. No es más que una criatura, poderosa por el hecho de ser espíritu puro, pero siempre criatura: no puede impedir la edificación del Reino de Dios. Aunque Satán actúe en el

mundo por odio contra Dios y su Reino en Jesucristo, y aunque su acción cause graves daños -de naturaleza espiritual e indirectamente incluso de naturaleza física- en cada hombre y en la sociedad, esta acción es permitida por la divina providencia que con fuerza y dulzura dirige la historia del hombre y del mundo. El que Dios permita la actividad diabólica es un gran misterio, pero "nosotros sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman" (Rm 8,28)". <sup>[1]</sup>

En el Nuevo Testamento se da una gran abundancia de nombres para Satanás y para los demonios en general. <sup>[2]</sup> A Satanás se lo llama: 'Satanás', 'demonio', 'Belcebú' y 'Beldar'. También es presentado bajo la figura y el nombre de 'la serpiente', 'el dragón', 'el león', 'el fuerte', 'el malo', 'el acusador', 'el tentador', 'el corruptor', 'el contradictor', 'el enemigo'. Aparece también como 'el dueño de los demonios', 'el dueño del o de este mundo', 'el dueño del poderío del aire', 'el dios de este Eón'.

A los diablos en general se los llama en el Nuevo Testamento: 'poderes', 'dominios', 'fuerzas' o 'fortunas'. También se los llama 'las dominaciones', 'los tronos', 'los nombres', 'dueños', 'dominadores del mundo', 'señores', 'dioses', 'ángeles', 'demonios', 'espíritus', 'espíritus impuros', 'espíritus malos', 'fuerzas espirituales del mal', 'elementos'.

Esta abundancia de nombres demuestra con qué fuerza ocupó a los cristianos de la primera Iglesia la presencia del tentador y los tentadores

De un estudio pormenorizado del Nuevo Testamento sobre este tema surge la siguiente conclusión: según el Nuevo Testamento, Satanás y su ejército, aquellos múltiples desarrollos e invasiones del espíritu del mal, que a la vez son inteligencia y voluntad de poder, tienen su esencia en apoderarse del mundo y de los hombres en todos sus niveles y actividades. A su vez, potencian a los hombres como portadores y mediadores de su poder. No hay nada en el mundo que sea sustraído nunca de su poder. El cuerpo humano, el espíritu humano, lo que llamamos «naturaleza»; también las situaciones históricas en sus distintas formas, los promotores de esas situaciones históricas; las mismas religiones y la doctrina cristiana pueden convertirse en lugar e instrumento de su esencia y medio de su voluntad. Su espíritu lo penetra todo y usa de todas las cosas como aquel que tiene gran poder.

Satanás se manifiesta o se oculta, según sea conveniente a su fin de dominación. Crea una atmósfera espiritual en la cual él actúa. Mediante esta atmósfera espiritual, que es la dimensión donde él se mueve a sus anchas y es la dimensión de su poder, obtiene el poder sobre los hombres y penetra en ellos. Si los hombres se abren a esta atmósfera, se convierten en sus portadores y contribuyen a su vez a su extensión, y por lo tanto, se convierten también en servidores de satanás.

Satanás se manifiesta como maestro de la cultura de la muerte, de la tentación, del pecado, de la mentira, y como acusador del cristiano ante Dios. Pero lo esencial de satanás es que es un espíritu que ha declarado su autonomía absoluta de Dios. La carta de San Judas (v. 6) y la segunda carta de San Pedro (2Pe.2,4) hablan de la caída de los ángeles. ¿Qué significa esta caída angelical? Significa que estos ángeles, también llamados poderes, ejercen el poder que Dios les ha dado y que aún les conserva, no según la voluntad de Dios, ni tampoco lo aplican a aquellas cosas que Dios había determinado que lo apliquen.

Satanás y los poderes sometidos a él, llenos de envidia hacia las criaturas, se han convertido en egoístas y autosuficientes, y a la vez en egocéntricos y ensimismados. El poder que tienen, antes y después de su caída, les proviene sólo de Dios, es un don de Dios. Pero ahora satanás, al poder que tiene y al mismo hecho de ser él mismo un poder, lo administra como poder propio. Él tiene ahora un ser totalmente autónomo. Él y todos estos poderes mantienen como una posición propia esta posición dada a ellos por Dios. Ésta es ahora su esencia: un poder subsistente por sí mismo.



Pero auto-poder en este caso es sinónimo de contra-poder, y auto-posición es sinónimo de contra-posición, contra-poder y contra-posición contra Dios, contra el poder de Dios y contra la posición de Dios. Este ser 'contra Dios' es ahora una parte integrante de su esencia. Este ser 'contra Dios' de la esencia diabólica en la búsqueda de sí mismo y de la propia voluntad, le convierte en 'malo' y 'contradictor', en el «enemigo»<sup>[3]</sup>. Pues este ser y estar 'contra Dios' llega a convertirse en el principio de actuación y en todas las formas del actuar de la esencia de satanás. E incluso más, satanás interpreta el mundo y la historia en la cual él se empeña, siempre desde este 'ser contra Dios', ya que es parte de su esencia. Este ser contra Dios es lo que explica todo su afán por acusar, corromper, tentar y deformar. En definitiva, es lo que explica que satanás sea la misma destrucción del ser.

No obstante todo esto, satanás y sus poderes, han sido derrotados por Cristo y situados al margen hasta que llegue la definitiva aniquilación de su poder. Esta realidad mencionada con frecuencia y triunfalmente, pertenece al anuncio apostólico esencial del Nuevo Testamento.

Como vimos un poco antes, en las tentaciones en el desierto de Judea Jesucristo estuvo cara a cara con el demonio y lo venció rotundamente.

Jesús establece a lo largo de toda su vida pública una larga, incansable e ininterrumpida lucha contra la esencia del espíritu del mal. Y el espíritu del mal se muestra igualmente activo y combativo contra Jesús. Sería larguísimo enumerar aquí las incontables ocasiones en que Jesús se enfrenta con el demonio o las veces en que el mismo NT presenta toda la actividad de Jesús resumida en su lucha con el tentador.<sup>[4]</sup> Jesucristo numerosas veces expulsa demonios de hombres endemoniados. Y Él mismo resume su actividad de esta manera: "Mira, yo expulso demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana, y al tercer día soy consumado" (Lc.13,32). Y los Hechos de los Apóstoles resumen así la actividad de Jesús: "Cómo Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y cómo él pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él". (Hech.10,38).

En el Evangelio, Jesucristo actúa de tal manera que toda acción suya tiene como punto de partida la victoria fundamental sobre ese poder espiritual que es autónomo, dominante y tentador. Y esto Jesucristo lo hace con el fin de que los hombres, a través de la comunión con su Palabra y por el poder de las obras del mismo Cristo, venganzan también a esos poderes espirituales autónomos. Esta victoria de los hombres sobre el diablo será definitiva en la cruz

Será en la cruz donde Cristo desactive el poder del mal. En la cruz, Cristo carga con las consecuencias de los engaños y el poder del diablo, la debilidad y la enfermedad de los hombres, y las asume en su pasión. El amor obediente de Jesús en la cruz desactiva el poder del espíritu del mal.

Este amor de Jesús abnegado, que vence el espíritu egoísta, llega a su plenitud en la cruz de Jesús. En él, el amor obediente a Dios, que desactiva el mismo poder de los demonios, llega a su cumplimiento. En él, es decir, en el sufrir y morir de Jesucristo, preparado por los demonios y por los hombres movidos por ellos, se hunde impotente el poderío de Satanás. Este poderío es desactivado por un amor obediente. En la cruz de Jesús se resquebraja el poder de los poderes diabólicos por el indestructible poder del amor. Que este amor no se quebró en la muerte, lo pone de manifiesto el hecho de que Jesucristo resucitó de entre los muertos, porque así fue '*levantado sobre todo poder y dominio*' (Ef.1,21). En el Jesucristo obediente, que sujetó en favor de los hombres todo movimiento de los poderes (muerte, pecado, mentira), feneció todo espíritu de poder propio.

El amor obediente de Jesús padeció la muerte. Por ese amor obediente hasta la muerte Jesús venció, aún más, destruyó los principados y potestades. Ahora bien, también todo bautizado que, naciendo de Dios, vive ese

amor obediente hasta la muerte, vence y destruye todo principado y potestad.

¿Cómo permite Cristo que el cristiano venza al poder de los demonios, que son una fuerza que busca desplazar el poder de Dios y marginar el espíritu de Dios? La respuesta es la siguiente: en la medida en que el cristiano recibe y acepta la Palabra de Dios, practica la oración y la obediencia radical a Dios, en esa misma medida vence al demonio. Al cristiano que así actúa Cristo lo hace omnipotente ante el poder del demonio.

[Volver Arriba](#)

---

## Santos Padres

---

### San Ambrosio

#### **El hombre libertado del espíritu malo**

57. Nota la clemencia del Señor Salvador. No se ha llenado de indignación, ni ofendido por la injuria, ni afectado por la injusticia en el momento de dejar la Judea: al contrario, olvidando los oprobios, teniendo presente únicamente la clemencia, busca ablandar el corazón de este pueblo infiel, ya enseñando, ya liberando, ya curando. Ha hecho bien San Lucas en mencionar primero al hombre libertado del espíritu malo y contar luego la curación de una mujer; pues el Señor había venido a sanar a ambos sexos; antes debía curar al que había sido creado primero, y no debía dejar a un lado a la que había pecado más por inconstancia de ánimo que por perversidad.

58. Es un sábado cuando el Señor comienza a realizar las curaciones, para significar que la nueva creación comienza cuando terminó la antigua, y mostrar desde el principio que el Hijo de Dios no está sometido a la Ley, sino que es superior a ella, y que no ha venido a destruir la Ley, sino a cumplirla. El mundo no ha sido hecho por la Ley, sino por la Palabra, según leemos: Por la palabra de Yahvé fueron hechos los cielos (Sal 32, 6). La Ley no es, pues, destruida, sino cumplida, a fin de renovar al hombre ya caído. Por eso dice el Apóstol: Despojaos del hombre viejo, y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado según Cristo (Col 3, 9ss). Con razón comienza en sábado, para mostrar que es el Creador, haciendo entrar las obras en la trama de las obras, continuando la obra que ya había comenzado El mismo; como el obrero que se dispone a reparar una casa: no comienza a destruir lo arruinado por los cimientos, sino por el tejado. De este modo, Él pone la mano primero allí donde antes había terminado.

59. Comienza por lo de menos monta para venir a lo de mayor consideración: librar del demonio lo pueden hacer los hombres —pero, ciertamente, por la palabra de Dios—; resucitar a los muertos sólo es propio del poder de Dios.

60. Y que nadie se inquiete si en este libro se nos muestra al demonio pronunciando el primero el nombre de Jesús de Nazaret. No quiere decir eso que Cristo haya recibido tal nombre de él, ya que del cielo lo trajo un ángel a la Virgen. Es propio de su impudor pretender la primacía en cualquier cosa entre los hombres y presentar a los hombres una estudiada novedad, para inspirar terror a su poder. Más aún, en el Génesis,

61. es el primero que pronuncia el nombre de Dios, según se lee: Dijo a la mujer: ¿Conque os ha mandado Dios que no comáis de los árboles todos del paraíso? (Ge 3, 1).

62. Los dos, pues, fueron engañados por el diablo, sanados por Cristo. Continúa, prosigue, aprende los misterios del texto evangélico, y en las dos curaciones reconoce el misterio de la salvación común: Y como en Adán hemos muerto todos, así también en Cristo somos todos vivificados (1 Co 15, 22).

63. ¿Quién es el que en la sinagoga estaba poseído de un espíritu inmundo? ¿No es el pueblo judío? Como atrapado por los anillos de una serpiente y cogido en las redes del diablo, manchaba su pretendida pureza corporal por las inmundicias interiores del alma. Con razón había en la sinagoga un hombre poseído del espíritu inmundo, porque había perdido el Espíritu Santo. El diablo había entrado en el lugar de donde había salido Cristo. Al mismo tiempo se nos muestra que la naturaleza del diablo no es mala y que sus obras son inicuas: pues al que en virtud de su naturaleza superior reconocía como Señor, por sus obras lo reniega. Esto manifiesta la malicia y depravación de los judíos, que ha esparcido por este pueblo una tan gran ceguera y tan gran raquitismo espiritual, que niega lo que los mismos demonios reconocían. ¡Oh herencia de discípulos peores que el maestro! El tienta al Señor con la palabra, éstos con los hechos; él dice: Echate, ellos intentan precipitarlo.

64. No obstante estas cosas, desde un punto de vista más profundo, debemos entender aquí la salud del alma y del cuerpo: en primer lugar es librarse el alma, que fue engañada por los errores de la serpiente; pues el alma no sería jamás vencida por el cuerpo si antes no fuese tentada por el diablo. Efectivamente, desde el momento que el

alma mueve, vivifica y conduce al cuerpo, ¿cómo podría dejarse llevar de sus incentivos si no estuviese enredada con los lazos de un poder más elevado? Así Eva no experimentó el hambre hasta que no fue tentada por la astucia de la serpiente; por eso el remedio salvador debía obrar primero contra el autor mismo del pecado.

**SAN AMBROSIO**, *Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (I)*, L.4, 57-62, BAC Madrid 1966, pág. 218-21

[Volver Arriba](#)

---

## Aplicación

---

P. Alfredo Sáenz, S.J.

El profetismo

El domingo pasado hemos hablado del sacerdocio, considerándolo primero en Cristo, fuente de todo sacerdocio, y luego en sus ministros visibles. En los textos de hoy, el Señor se nos manifiesta como un profeta, como alguien que habla con autoridad.

### 1. LA FIGURA DEL PROFETA

¿Qué significa ser profeta? En general se cree que profeta es aquel que preanuncia hechos futuros. No es ése el sentido que dicha palabra tiene en la Sagrada Escritura. O mejor: no es el único sentido. Profeta no es tan sólo el que predice de antemano lo que va a suceder, sino ante todo el que habla en lugar de otro. No el que habla "antes" sino "en lugar de". El profeta judío era propiamente el que hablaba en nombre de Yavé o en su honor el que proclamaba sus alabanzas, el que predicaba su doctrina y anunciaba sus decretos. Era el heraldo, el intérprete del Señor.

La misión de los profetas tenía toda su razón de ser en la elección de Israel como pueblo de Dios. Es cierto que normalmente el Señor gobernaba a ese pueblo a través de sus legisladores. Pero a veces quería manifestar voluntades expresas, y para ello recurría al profeta, no pidiéndole un servicio sino intimándole una orden. Con frecuencia lo enviaba a hablar delante de una asamblea, sin que hubiese sido previamente invitado, y el profeta se veía obligado a ir de las plazas al templo, y del templo a los palacios de los grandes, como un inoportuno, a veces, o un aguafiestas. También el Señor se valió de ellos para anunciar el futuro. Así, predijeron muchos detalles acerca del Mesías que había de venir, y anunciaron que los grandes hechos del Antiguo Testamento eran una imagen de lo que sucedería luego en Cristo y en la Iglesia. Hechos y palabras: tales son los dos ingredientes fundamentales del Antiguo Testamento. Los profetas, con sus palabras—que eran palabras de Dios—explicaban el sentido de los hechos, y anunciaban que en el futuro esos hechos se repetirían, pero en un nivel infinitamente superior. Hubo un paso del Mar Rojo. Pues bien, en el futuro habría otro paso por las aguas: sería el Bautismo, donde el demonio, figurado en el perseguidor egipcio, quedaría anegado, y de donde el cristiano, figurado en el pueblo elegido, saldría incólume. Y así otros ejemplos.

### 2. CRISTO: EL PROFETA DEFINITIVO

Pues bien, debemos decir que, coronando la larga serie de profetas judíos, apareció en la historia un Profeta en sentido pleno, un Profeta definitivo: Nuestro Señor Jesucristo. No solamente hablaría en nombre de Dios, sino que El mismo sería el Habla de Dios, la Palabra de Dios, el Verbo de Dios. El Verbo hecho carne. Jesús es el Profeta lejanamente entrevisto en el Antiguo Testamento, al que de manera enigmática aludiría Moisés dirigiéndose al pueblo elegido, según lo escuchamos en la primera de las lecturas: "El Señor, tu Dios, te suscitará un profeta como yo; lo hará surgir de entre nosotros, de entre tus hermanos, y es a él a quien escucharéis". Sería preciso escucharlo porque hablaría con todo el poder de la majestad divina o, como dice el

evangelio de hoy, "enseña de una manera nueva, llena de autoridad".

Por eso había venido a la tierra, para manifestarse como la verdad de Dios. No sólo el que enseña la verdad sino el que es la Verdad misma. Yo soy el camino, la verdad y la vida. El mismo lo sugirió cuando en la sinagoga de Nazaret, luego de leer aquel texto de Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí... porque me ha enviado a llevar la buena nueva", se aplicó dicho texto a su propia persona.

### 3. EL SACERDOTE: PROFETA

Así como el domingo pasado, luego de hablar de Cristo Sacerdote, dijimos que ese oficio del Señor se prolongaba en sus ministros visibles, en sus sacerdotes terrenos, así ahora, luego de haber considerado al Señor como al Profeta supremo, debemos añadir que su oficio profético se continúa en la Iglesia a lo largo de los siglos. A semejanza del sacerdocio, también este oficio se prolonga, de alguna forma, en todos los cristianos, que integran un "pueblo profético". Pero de manera especial se continúa en los sacerdotes. Es especialmente a través de ellos que Dios sigue hablando a los hombres. Para eso han sido consagrados: para hablar en lugar de Dios, para ofrecer a Dios sus labios de modo que el Señor pueda seguir predicando por su intermedio durante todo el transcurso de la historia. Esta función compete en primer lugar y por oficio al Obispo, cuya iglesia se llama precisamente "catedral" porque en ella está la cátedra desde donde enseña a su pueblo cristiano. Pero es también participado por los simples sacerdotes. San Pablo fue bien consciente de la urgencia de este deber: "Cristo no me ha enviado a bautizar —dijo— sino a enseñar el Evangelio". El sacerdote tendría que ser un poseído por la palabra de Dios. Porque dicha palabra, para ser predicada como conviene, debe apoderarse de la vida entera de quien la proclama, impregnarla, manifestarse en ella, de tal modo que, como decía Kierkegaard, el mensajero de Dios "gesticule con toda su existencia", y no sólo con sus labios. Un auténtico heraldo de Cristo.

De la dedicación exclusiva del sacerdote a las cosas del Señor, en nuestro caso, a la proclamación de su palabra, deriva la conveniencia de que sea célibe, según hemos escuchado que razonaba San Pablo en la segunda lectura de hoy: "El que no tiene mujer se preocupa de las cosas del Señor, buscando cómo agradar al Señor; en cambio, el que tiene mujer se preocupa de las cosas de este mundo, buscando cómo agradar a su mujer, y así su corazón está dividido". Quizás se deba en gran parte a esta razón de conveniencia, el celo especial que han mostrado los dos últimos Papas por mantener, contra viento y marea, esta joya preciada del sacerdocio católico de Occidente.

Oficio noble el de la profecía. Más allá del quehacer profético habitual que compete a la generalidad de los sacerdotes —hablar en nombre de Dios— siempre han aparecido profetas especiales en la historia de la Iglesia: los fundadores de Órdenes, los grandes místicos, a veces. Pero hoy pareciera que el Espíritu sopla con más intensidad que de costumbre. Porque pulula una multitud de sedicentes profetas. Hay profetas del cambio, de la revolución en la Iglesia, de la aceptación del comunismo antes, o del liberalismo ahora, en virtud del sentido de la historia, etc. Tales profetas se presentan como individuos que están atentos a los signos de los tiempos, que prefiguran el mundo del futuro. Ciertamente, creemos que el Espíritu sopla, hoy como ayer y como siempre. Pero así como creemos que el Espíritu Santo sigue inspirando, creemos también que hay otro espíritu que sopla y que no es precisamente el Espíritu Santo.

El profetismo es, pues, ambiguo. Ya el Evangelio nos pone en guardia contra los falsos profetas, que no están conducidos por el Espíritu de Dios, sino por el espíritu de mentira. Es propio del falso profeta vestir "piel de oveja pero ser por dentro un lobo rapaz". Tiene las apariencias del evangelio, habla de pobreza, de humildad, de caridad. Pero su lenguaje es engañoso. De ahí que no todo hombre que "profetiza" sea por ese solo hecho un verdadero profeta según el corazón de Dios. Se impone, así, un discernimiento de los espíritus. En caso de incertidumbre, cabe el recurso a la Jerarquía. Pero desde ya podemos decir que cuando alguien se levanta contra la enseñanza tradicional de la Iglesia, o contra el magisterio del Papa en materia de doctrina o de moral, aun cuando se autotitule "profeta", es un lobo dentro de la Iglesia. Estemos atentos.

Verdadero profeta de Dios es aquel que habla realmente en lugar de Dios. Su voz no podrá ser tímida en la denuncia del pecado en todas sus formas, porque sabe que su palabra no es meramente humana sino que tiene

resonancias divinas. Ni podrá ser mundana, por lo que no osará condimentar lo que dice Dios con criterios mundanos; lo que proclama es lo que le ha sido comunicado. En la primera lectura de hoy el Señor es taxativo a este respecto. Refiriéndose al profeta verdadero, a aquel que realmente habla en su nombre, y al pseudoprofeta, a aquel que usurpa su mensaje, dice: "Pondré mis palabras en su boca, y él dirá todo lo que yo le ordene... Y si un profeta se atreve a pronunciar en mi nombre una palabra que yo no le he ordenado decir, o si habla en nombre de otros dioses, ese profeta morirá". Hoy, por desgracia, no son pocos los que atribuyen a Dios, al Espíritu Santo, ideas que son de su propia cosecha, a veces en oposición con el Magisterio. Ni son asimismo pocos los que de hecho hablan en nombre de otros dioses, de dioses extraños. Son reos de muerte, dice el Señor. El verdadero profeta es como Cristo, que en el evangelio de hoy se nos muestra en lucha abierta con el demonio, a quien ordena con imperio. Y no consiente en sus engaños.

Dentro de pocos momentos nos vamos a acercar a recibir el Cuerpo de Jesús. Pidámosle entonces que ya que Él es la Palabra eterna de Dios, el Verbo divino que tomó carne humana, nos infunda tal aprecio por su doctrina, por su enseñanza evangélica, por el magisterio de la Iglesia que El instituyó, que esta Eucaristía nos haga capaces de reconocer como por instinto a los verdaderos profetas y saber distinguirlos de los falsos. De modo que siempre hagamos la verdad en la caridad.

(SÁENZ, A., *Palabra y vida, Domingo cuarto durante el año*, Gladius Buenos Aires 1993, p. 72-76)

[Volver Arriba](#)

---

## Benedicto XVI

Queridos hermanos y hermanas:

Este año, en las celebraciones dominicales, la liturgia propone a nuestra meditación el evangelio de san Marcos, una de cuyas características es el así llamado "secreto mesiánico", es decir, el hecho de que Jesús no quiere que por el momento se sepa, fuera del grupo restringido de sus discípulos, que él es el Cristo, el Hijo de Dios. Por eso, en varias ocasiones, tanto a los Apóstoles como a los enfermos que cura, les advierte de que no revelen a nadie su identidad.

Por ejemplo, el pasaje evangélico de este domingo (Mc 1, 21-28) habla de un hombre poseído por el demonio, que repentinamente se pone a gritar: "¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios". Y Jesús le ordena: "Cállate y sal de él". E inmediatamente —constata el evangelista— el espíritu maligno, con gritos desgarradores, salió de aquel hombre.

Jesús no sólo expulsa los demonios de las personas, liberándolas de la peor esclavitud, sino que también impide a los demonios mismos que revelen su identidad. E insiste en este "secreto", porque está en juego el éxito de su misma misión, de la que depende nuestra salvación. En efecto, sabe que para liberar a la humanidad del dominio del pecado deberá ser sacrificado en la cruz como verdadero Cordero pascual. El diablo, por su parte, trata de distraerlo para desviarlo, en cambio, hacia la lógica humana de un Mesías poderoso y lleno de éxito. La cruz de Cristo será la ruina del demonio; y por eso Jesús no deja de enseñar a sus discípulos que, para entrar en su gloria, debe padecer mucho, ser rechazado, condenado y crucificado (cf. Lc 24, 26), pues el sufrimiento forma parte integrante de su misión.

Jesús sufre y muere en la cruz por amor. De este modo, bien considerado, ha dado sentido a nuestro sufrimiento, un sentido que muchos hombres y mujeres de todas las épocas han comprendido y hecho suyo, experimentando profunda serenidad incluso en la amargura de duras pruebas físicas y morales. Y precisamente "la fuerza de la vida en el sufrimiento" es el tema que los obispos italianos han elegido para su tradicional Mensaje con ocasión de esta Jornada por la vida. Me uno de corazón a sus palabras, en las que se percibe el amor de los pastores por la gente y la valentía de anunciar la verdad, la valentía de decir con claridad, por ejemplo, que la eutanasia es una falsa solución para el drama del sufrimiento, una solución que no es digna del hombre. En efecto, la verdadera respuesta no puede ser provocar la muerte, por "dulce" que sea, sino testimoniar el amor que ayuda a afrontar de modo humano el dolor y la agonía. Estemos seguros de que

ninguna lágrima, ni de quien sufre ni de quien está a su lado, se pierde delante de Dios.

La Virgen María guardó en su corazón de madre el secreto de su Hijo y compartió con él la hora dolorosa de la pasión y la crucifixión, sostenida por la esperanza de la resurrección. A ella le encomendamos a las personas que sufren y a quienes se esfuerzan cada día por sostenerlas, sirviendo a la vida en cada una de sus fases: padres, profesionales de la salud, sacerdotes, religiosos, investigadores, voluntarios y muchos otros más. Oramos por todos.

(Angelus, Plaza de San Pedro. Domingo 1 de febrero de 2009)

## **BENEDICTO XVI**

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio de este domingo (Mc 1, 21-28) nos presenta a Jesús que, un sábado, predica en la sinagoga de Cafarnaún, la pequeña ciudad sobre el lago de Galilea donde habitaban Pedro y su hermano Andrés. A su enseñanza, que despierta la admiración de la gente, sigue la liberación de «un hombre que tenía un espíritu inmundo» (v. 23), el cual reconoce en Jesús «al santo de Dios», es decir, al Mesías. En poco tiempo su fama se difunde por toda la región, que él recorre anunciando el reino de Dios y curando a los enfermos de todo tipo: palabra y acción. San Juan Crisóstomo pone de relieve cómo el Señor «alterna el discurso en beneficio de los oyentes, en un proceso que va de los prodigios a las palabras y pasando de nuevo de la enseñanza de su doctrina a los milagros» (Hom. in Matthæum 25, 1: pg 57, 328).

La palabra que Jesús dirige a los hombres abre inmediatamente el acceso a la voluntad del Padre y a la verdad de sí mismos. En cambio, no sucedía lo mismo con los escribas, que debían esforzarse por interpretar las Sagradas Escrituras con innumerables reflexiones. Además, a la eficacia de la palabra Jesús unía la de los signos de liberación del mal. San Atanasio observa que «mandar a los demonios y expulsarlos no es obra humana sino divina»; de hecho, el Señor «alejaba de los hombres todas las enfermedades y dolencias. ¿Quién, viendo su poder... hubiera podido aún dudar de que él era el Hijo, la Sabiduría y el Poder de Dios?» (Oratio de Incarnatione Verbi 18.19: pg 25, 128 bc.129 b). La autoridad divina no es una fuerza de la naturaleza. Es el poder del amor de Dios que crea el universo y, encarnándose en el Hijo unigénito, abajándose a nuestra humanidad, sana al mundo corrompido por el pecado. Romano Guardini escribe: «Toda la vida de Jesús es una traducción del poder en humildad..., es la soberanía que se abaja a la forma de siervo» (Il Potere, Brescia 1999, pp. 141-142).

A menudo, para el hombre la autoridad significa posesión, poder, dominio, éxito. Para Dios, en cambio, la autoridad significa servicio, humildad, amor; significa entrar en la lógica de Jesús que se inclina para lavar los pies de los discípulos (cf. Jn 13, 5), que busca el verdadero bien del hombre, que cura las heridas, que es capaz de un amor tan grande como para dar la vida, porque es Amor. En una de sus cartas santa Catalina de Siena escribe: «Es necesario que veamos y conozcamos, en verdad, con la luz de la fe, que Dios es el Amor supremo y eterno, y no puede desear otra cosa que no sea nuestro bien» (Ep. 13 en: Le Lettere, vol. 3, Bolonia 1999, p. 206).

(Angelus, Plaza de San Pedro. Domingo 29 de enero de 2012)

[Volver Arriba](#)

---

## San Jaun Pablo II

### Ser profetas

Queridos hermanos y hermanas de la parroquia de Santa Gema Galgani!

Os saludo en el nombre del Verbo de Dios. Verbo de Dios que hemos escuchado y que nos empuja a una meditación. Son muchos los aspectos de la riqueza de la Palabra de Dios que la Iglesia nos ofrece que hoy es domingo. Vamos a empezar desde la primera lectura en la que Moisés oye la Palabra del Señor: "suscitaré entre sus hermanos un profeta". Y lo dice a un profeta, porque Moisés fue un gran profeta de su pueblo, y no sólo de su pueblo, sino también de toda la humanidad llamada por Dios. Le hablaba una llama ardiente. Porque Dios se le apareció como una llama, como realidad suprema, más plena, más perfecta y más abiertos a todas sus criaturas. Aquí, Moisés repite la promesa de otro profeta que Dios suscitará en el futuro. Este texto del Antiguo Testamento habla de Jesús, sin duda. Él es este gran profeta, el profeta más grande de todos los tiempos, porque no sólo habla en nombre de Dios, sino que habla como Verbo de Dios Encarnado, Palabra de Dios encarnada. Tenemos que retener profundamente esta reflexión sobre el profeta. Parece que el profeta es una realidad del pasado, cuando Dios suscitaba profetas para Israel. Son conocidos sus nombres, en especial los de algunos de los que se sienten más veces. Pero el único profeta en el sentido más elevado es Jesús, el Verbo de Dios encarnado, Palabra de Dios viviente que habla con fuerza, como hemos escuchado en el Evangelio, que da una manifestación directa del poder de Dios cuando ejerce su poder milagroso, cuando domina a los demonios, al maligno; allí se manifiesta la fuerza de Dios que acompaña a su Palabra. Esto es lo que yo diría sobre todo hoy: Yo diría que el Concilio Vaticano II nos ha recordado que todos somos partícipes de la misión profética de Cristo. Ésta es una definición de la Iglesia. Conocemos diferentes definiciones de la Iglesia por el catecismo; pero esta definición es especialmente llamativa. La Iglesia es partícipe, y todos nosotros en la Iglesia -que hemos sido bautizados y que estamos confirmados- somos partícipes de esta misión profética que es propia de Cristo, de Cristo Mesías, de Cristo Salvador. Esta verdad de la fe apostólica, que viene de San Pedro, recordada por el Concilio Vaticano II, está de vuelta en los estudios de nuestro Sínodo romano.

¿Por qué se ha tenido que convocar el Sínodo romano y celebrarlo? ¿Por qué se tenía que decir en esta antigua Iglesia de Roma, Iglesia Apostólica, Iglesia de los mártires, "¡Tú Roma eres partícipe en la misión profética de Cristo! Eres partícipe delante del mundo de hoy". Deseo esta renovada convicción de que todos nosotros, los romanos, los cristianos de Roma, bautizados en Roma, somos partícipes de la misión profética de Cristo, ante el mundo, como lo fueron nuestros Apóstoles Pedro y Pablo, como lo fueron nuestros mártires, nuestros santos. ¿Qué significa ser profetas? Ser profetas significa hablar con la Palabra de Dios y predicar en el nombre de Dios, anunciar la Verdad que viene de Dios. Una madre que enseña a su hijo a hacer la señal de la cruz y a rezar, lleva a cabo esta misión, está en el centro de la misión profética de la Iglesia. Un padre que da buen ejemplo a sus hijos, a sus vecinos, sin duda hace lo mismo, porque la Verdad de Dios, la verdad de la fe no se profesa sólo con palabras sino también con obras, sobre todo con las obras. Luego, el Concilio Vaticano II, primero, y el Sínodo de Roma, después, nos han recordado esta profunda verdad acerca de Cristo y de nosotros mismos. Cristo está más cerca de nosotros de lo que pensamos. Él se identifica con nosotros haciéndonos partícipes de su vida divina y de su misión. Una misión sacerdotal, como ya hemos escuchado una vez, y una misión profética.

¿Qué deseo a su comunidad, a ustedes, que el día de hoy me han recibido tan amablemente y con tanta hospitalidad? Quiero desearles que esta verdad de nuestra fe, de nuestra fe cristiana, esta verdad recordada por el Concilio y luego profundizada por el Sínodo Romano sea reconocida, pero sobre todo sea ejercida, puesta en práctica por todos ustedes. Esto se lo hace sin duda en la comunidad parroquial, se lo hace a través de la catequesis, a través de la predicación, se lo hace a través de las obras de caridad y a través de todos los signos de la bondad humana y de la solidaridad. Esto quería desearle a su comunidad. Os saludo a todos desde mi corazón.

Es para mí, queridos romanos, una gran riqueza poder visitar las parroquias de Roma, ya que soy vuestro obispo. Como sucesor de Pedro soy de modo especial partícipe de esta misión profética de Cristo, ante el mundo entero. Muchos demandan al Papa que sea un profeta, por supuesto, no en su nombre porque ningún profeta lo es en su nombre: que sea un profeta en el nombre de Cristo. También me gustaría agradecerles por todos sus compromisos específicos, por todo lo que hacen en los diferentes grupos, en diferentes asociaciones que hacen penetrar más profundamente la Palabra de Dios y la realidad de Cristo en vuestra comunidad. Saludo

en particular a sus enfermos, a los que sufren. Ellos llevan la cruz de Cristo. Cada uno de ellos es un gran profeta, un grandísimo profeta que lleva la cruz de Cristo con su fuerza, en su luz, como dice San Pablo. Así que aquí celebramos nuestra Eucaristía dominical. La celebramos juntos. Me alegro mucho de poder celebrar la Eucaristía junto con ustedes; esta es mi tarea principal, la tarea de cada sacerdote, de cada obispo, de cada Papa. Y les deseo una buena participación en esta comunión eucarística; les deseo abundantes frutos para la vida eterna, para su salvación, para sus familias, para su vida diaria. Sea vuestra fuerza la Palabra de Cristo, la Eucaristía de Cristo. Amén.

(Domingo 30 de enero de 1994, Homilía en la Parroquia Santa Gemma Galgani)

[Volver Arriba](#)

---

## Ejemplo Predicable

---

### Celo por la salvación de las almas

Vamos a recordar un hecho de un alma santa para que veamos cómo ha de ser nuestro celo por la salvación de las almas.

Es a mediados del siglo XIV. Catalina de Siena edifica a su ciudad natal con toda clase de obras de misericordia. Una mujer llamada Palmerina, después de haber sido objeto de su más tierna caridad, concibió por su bienhechora una secreta aversión que fue degeneró pronto en un odio implacable.

No pudiendo ya verla ni oír la ingrata Palmerina se desataba contra la sierva de Dios y no cesaba de perjudicarla con las más horrendas calumnias. Catalina hizo todo cuanto estaba en su mano para suavizarla, pero todo fue en vano. Y viendo que su bondad, su humildad y sus beneficios no hacían más que inflamar el furor de aquella desgraciada, rogó a Dios con fervor que ablandara aquel corazón empedernido.

Dios la escuchó. Envió a Palmerina una enfermedad mortal. Aquel castigo no bastó para hacerla entrar en razón, y en cambio de los tiernos cuidados que la Santa le prodigaba, la colmaba ella de injurias y la echó de su presencia. Como se acercaba el fin se llamó a un sacerdote para administrarle los últimos sacramentos, pero la enferma no pudo recibirlos a causa del odio que alimentaba, odio que se negó a deponer.

Ante tan triste nueva, Catalina, viendo que la desgraciada tenía ya un pie en el infierno, derramó un torrente de lágrimas, y durante tres días no cesó de rogar a Dios por ella, uniendo el ayuno a su oración.

- Señor –decía la Santa- ¿permitiréis que se pierda esta alma por mi causa? Os ruego que me concedáis a cualquier precio su salvación y conversión. Castigad en mí su pecado, puesto que yo soy la causa de él. No es ella, sino yo la que debe ser castigada.

Su oración fue tan fervorosa que impidió la muerte de la enferma. Hacía ya tres días que seguía con vida con gran asombro de los asistentes. Dios no pudo resistir por más tiempo las oraciones de la Santa. Un rayo celestial penetró en el corazón de la moribunda, la hizo ver su falta, y el arrepentimiento la conmovió.

Catalina, a la que Dios se lo reveló, corrió al punto, y tan pronto como vio a la enferma, la abrazó, y ésta le dio grandes muestras de respeto y amistad; se acusó en voz alta de su crimen, recibió los sacramentos y murió en paz.

(ROMERO. F. *Recursos Oratorios*, Tomo II, Editorial Sal Terrae, Santander, 1959, p. 98)

[Volver Arriba](#)



---

[1] CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nº 91 – 95.

[2] Seguimos libremente a **SCHLIER, H.**, *Poderes y dominios en el Nuevo Testamento*, EDICEP, Valencia, 2008.

[3] Cf. Mt 13,19; 6,13; Jn 17,15; Ef 6,16; 1Jn 2,13; 2,14; 5,18; 1Pe 5,8; Mt 13,25; 13,28; Lc 10,19; Hch 13,10.

[4] Remitimos al libro ya citado de **SCHLIER, H.**, *Los poderes despojados...*, etc.